Con la muerte de Francisco Alemán Sainz, en el pasado mes de agosto, las letras murcianas de nuestro tiempo han perdido a su escritor más importante y representativo. La Academia Alfonso X el Sabio (en la que ingresó en marzo de 1976 con un discurso, *Antes que se me olvide,* que era todo un emocionado repaso a la «Murcia cambiante» en que el escritor vivió) desea, de algún modo, rendir homenaje a quien fue, en vida, uno de los más activos y creadores académicos, el que, posiblemente, mejor encarnaba toda una tradición, un estilo y un personalísimo acento murciano.

Por ello, y como homenaje casi de urgencia, se pensó en reeditar una selección de cuentos de Francisco Alemán. Han transcurrido, efectivamente, muchos años desde que, en 1952, 1953 y 1957, se publicaran los tres libros de cuentos de Alemán Sainz: *La vaca y el sarcófago, Cuando llegue el verano y el sol llame a la ventana de tu cuarto* y *Patio de luces y otros relatos.*

Para los lectores de hoy que, difícilmente, podrían hacerse con esos tres libros, parecía conveniente seleccionar un conjunto de relatos de ellos extraídos, acompañados de algún otro de distinta procedencia.

Evidentemente, lo deseable sería, en el futuro, acometer la

empresa de una recogida y edición de *todos los cuentos* de Francisco Alemán Sainz, tanto de los publicados en libros como de los muchos, muchísimos, que andan dispersos por los periódicos y revistas nacionales e, incluso, de algunos que pueden haber quedado inéditos.

De momento, valga esta selección, hecha rápidamente y bajo el agobio y la tristeza de la aún tan reciente muerte del escritor.

En atención a tales circunstancias, discúlpese el tono de esta introducción, redactada sin el reposo y la serenidad que hubiesen sido necesarios para obtener —para intentarlo, al menos— algo digno, literariamente considerado, de la calidad de los cuentos ahora recogidos.

Discúlpese, también, que para mejor situar, emocionalmente, mi tarea de ahora, transcriba unas líneas del que fue mi *Discurso de contestación* a Francisco Alemán, cuando éste ingresó en la Academia Alfonso X el Sabio:

«Se me ocurre, entonces, que lo mejor es mantenerme en el que, durante un cuarto de siglo, ha venido siendo el plano habitual de mi relación y trato con Francisco Alemán: el de una sostenida y cada vez más firme y honda amistad, desde que, en 1950, recién llegado a Murcia para incorporarme a mi cátedra universitaria, conocí a este escritor. El hecho de que uno de los géneros más estupendamente cultivados por Francisco Alemán, el cuento, fuera precisamente aquel por el que yo me había interesado en los años de mi tesis doctoral, determinó el que, en 1952, yo actuara de prologuista y presentador del libro de relatos *La vaca y el sarcófago*».

Ahora, casi treinta años después, vuelvo a asumir tal papel —prologuista y presentador—, desde la tristeza de saber que si el prólogo del primer libro de cuentos de Paco Alemán se configuró como una *Carta* que yo dirigí al amigo de todos los días, éste de ahora no podrá obtener ya su atención lectora.

* * *

En la *Carta-prólogo* de *La vaca y el sarcófago* aludí a un muy reducido número de cuentos de Francisco Alemán: doce, tan sólo. Los otros dos libros publicados después, contenían muchas más narraciones: treinta y ocho, más una *Fe de erratas* que funcionaba casi como un mágico y brevísimo relato, en *Cuando llegue el verano...*, y veintisiete en *Patio de luces;* libro al que pertenecen algunos de los cuentos más extensos del autor.

Este, en las solapas de *La vaca y el sarcófago,* apuntó algo sobre el cuento como «género difícil, al que hay que cogerle el pulso», añadiendo que los suyos eran «algo cuentos de situación», «de un realismo poético, pero sin exagerar».

Si para unas observaciones como éstas, Paco Alemán escogió el humilde rincón de las solapas, en otras ocasiones incorporó a la misma materia de sus cuentos, por boca de tal o cual personaje o del propio narrador, alguna otra breve anotación sobre el género.

Así, en *Conversación ante las nubes* —en *Patio de luces*— uno de los personajes, Diego Torrente, es un escritor que «había publicado tres libros de cuentos, o algo así. Le gustaba el cuento por lo que tiene de frescor recoger en un escaso número de páginas lo que puede ocurrir. La novela, aun la corta, era distinto. Había necesidad de un estudio mayor, de más preparación artillera».

Si se piensa que también Francisco Alemán, a esas alturas, «había publicado tres libros de cuentos [*La vaca..., Cuando llegue el verano...*, y *Patio de luces*] o algo así», se verá cuán fácil resulta proceder a una identificación literaria del autor con su personaje.

También en *Desde el barco que zarpa rumbo a China* —asimismo en *Patio...*— hay un escritor, al que se le devuelve un cuento presentado al «concurso de una revista femenina». Con prescindencia de que el dato se ajuste o no a una real experiencia de Francisco Alemán, interesa destacar el humorisno manejado por éste, al decirnos que el perso-

naje de *Desde el barco...* había escrito el cuento rechazado «para emocionar a una chica de Lucena, a una mujer de Tarrasa y a una muchacha de Orense. Y también para una adolescente de Ceuta. Pero el jurado se negó a toda posibilidad de emoción».

Lo que importa es que, tras la broma, subyace una verdad: la de esa «posibilidad de emoción»; la de, incluso, una irónica entonación sentimental, como rasgo caracterizador de no pocos cuentos de Francisco Alemán.

Cualquier lector que a ellos se asome, descubrirá cómo se repite, una y otra vez, la situación del encuentro amoroso, una temática que se convertirá en las más reiteradamente tratada por el autor; así en *Alguien habla en la oscuridad, Dos sombras en el muro* (en *La vaca y el sarcófago*); en *Marcelo y Teresa, El país de las nieblas, Días como sombras, La espera junto al bar ese, La chica de enfrente* (en *Cuando llegue el verano...*); *El árbol junto al páramo, El último primer amor, Una mujer de lejos, Crónica de un pequeño amor, Autobús para cualquier parte, El amigo de todos, Encuentro para dos* (en *Patio de luces*); etc. Incluso un cuento de ciencia-ficción como el recogido en la *Antología española* de este tipo, publicada en 1972, incide en tal temática: *Nacimiento de Venus en la Luna.*

Pero más que de esa mantenida y reiterada temática, de lo que yo quería decir algo ahora, a propósito de la imagen —o imágenes— que del cuento pudo tener Francisco Alemán, es de cómo en sus mismos cuentos, por virtud de determinados efectos de duplicación o de geminación, pudieron alojarse otros cuentos, aunque sólo fuera en posibilidad o en potencia.

El cuento devuelto y releído funciona en *Desde el barco que zarpa rumbo a China* como un hilo conductor y un contrapunto. En *Marcelo y Teresa* casi se insinúa la formalización del *cuento en el cuento,* aun-

que no a la manera de un Palacio Valdés en *Seducción*, o de un Azorín en *Al salir del olivar, El tiempo y las cosas*, etc.

En *Marcelo y Teresa* el protagonista es un escritor que imagina la existencia de una mujer, Teresa, a la que va atribuyendo ciertos rasgos con los que intenta configurarla sobre el papel, aunque siempre se le escapa tan misterioso ser. Un encuentro con una muchacha en la calle le hace presentir que aquella puede ser la huidiza Teresa de su creación literaria.

En *Marín* —perteneciente a *Patio de luces*— encontramos algo así como un brevísimo relato alojado en otro; es decir, casi un embrión de cuento o tal vez de novela: una «historia» susceptible de desarrollo. El protagonista, Marín, en tanto llueve da en pensar lo siguiente: «Yo escribiría la historia del gran hotel abandonado, con todos los huéspedes y el servicio parados desde el instante mismo en que se produjo el encanto. Un chico del ascensor esperaba la hora de salir para buscar a una muchacha que le aguardaba, y en su bolsillo, ¿estaban también parados unos bombones? Una mujer besaba a un hombre, y el beso estaba aún justo, desde el instante en que se pronunció. También había una muerte, y el muerto seguía estando recién muerto. De pronto, centenares de relaciones advertían que el tiempo apenas existe cuando surge una razón tajante. Todo era presente».

Lo curioso es que la «historia» imaginada por Marín carece de movimiento y de acción, estableciéndose así una relación tan sutil como evidente con la historia sin casi historia que del imaginativo personaje se nos cuenta. En *Marín* apenas sucede nada, por lo menos en lo que a acción externa se refiere.

Los acercamientos de Francisco Alemán al género *cuento* desde el cuento mismo, la aproximación a la fórmula del *cuento en el cuento* y, sobre todo, el gusto por convertir en personajes de cuentos a escritores reales o virtuales, subrayan, adecuadamente, la estima que el género y su problemática merecieron siempre a este narrador murciano. El

que, desde su peculiar talante irónico, evitara siempre definiciones o afirmaciones dogmáticas, no significa que, para Alemán Sainz, todo estuviese claro y resuelto, en lo que atañe al cuento. Por el contrario, se diría que el misterio entrañado en el género se mantuvo siempre como tal para Francisco Alemán. Pero puede que el cuento, como la Teresa del relato recién recordado, *Marcelo y Teresa*, esté ahí, a la vuelta de cualquier esquina, encontrable cuando se ha perdido ya toda esperanza de inventarlo a través del sueño y de la escritura.

* * *

Aunque pueda parecer anecdótico, no quiero dejar pasar un motivo, un toque, muy de Alemán Sainz, presente en uno de los últimos cuentos de que he hecho mención: *Marín*. Hay un momento en que este personaje piensa que «No hay nada tan bello como ver caer la lluvia desde un décimo piso, cuando aún está lejana del suelo».

No cuesta demasiado esfuerzo imaginar que tales palabras, puestas en boca de Marín, corresponden realmente a su creador; capaz, asimismo, de prestar al personaje su capacidad fabuladora, su inventiva literaria, a la hora de pensar en la historia del hotel paralizado. Se diría, pues, que Francisco Alemán proyecta su personalidad en la de Marín, referida, al menos, a dos muy mantenidos gustos o aficiones: el cuento y la lluvia.

Abunda tanto ésta en los relatos de Alemán, que un lector que no conociera el que fue marco habitual del autor, podría llegar a imaginar una Murcia con tanta lluvia como para calar páginas y páginas de la cuentística del autor. La paradoja de una ciudad normalmente caracterizada por la escasez de lluvia y la abundancia de días soleados, metamorfoseada literariamente en esos escenarios urbanos con la lluvia siempre a punto, tan frecuentes en los relatos de Alemán Sainz, no es la menor de las muchas paradojas que en ellos cabría buscar; sobre

todo si se piensa que el escritor no gustó especialmente de los viajes y, por el contrario, siempre fue muy fiel al vivir en Murcia y a pasear sus barrios y sus calles.

El origen de tal paradoja quizás habría que buscarlo en el prestigio romántico de la lluvia, en las notas de melancolía, musicalidad, que a la misma suelen atribuirse, cuando su insistencia funciona como una invitación para refugiarse en una casa en la que se pueda dialogar, leer o, simplemente, pensar, soñar, dentro de un cálido ambiente que supone todo un contrapunto al sonar, afuera, de la lluvia.

Y así, la lluvia suena, leve o poderosa, en relatos y relatos de Alemán Sainz. Apunto unos cuantos: *Hay un ser humano bajo ese paraguas que pasa, Aún es pronto para morir, El viento se dirige hacia los eucaliptos, Cuando los días eran largos, La historia de Soledad Serrano, Intermedio, Los caminos del agua, Tres tiempos de lluvia, Paisaje tras una ventana cerrada, Días como sombras, Historia de un niño, Carta desde el pasado, Desembarco en la ciudad, Hotel de la costa, Ahogo de Concha Mendoza, El árbol junto al páramo, Crónica de un pequeño amor, Un hombre con viaje dentro,* etc.

A tan dilatada lista cabría agregar alguna tan significativa novela corta como *Carta bajo la lluvia,* e incluso el final de la falsa *Fe de erratas,* que, como casi un relato más, cerraba el libro *Cuando llegue el verano...* Allí cabe leer:

«Martínez contaba que había visto el milagro de la linotipia, milagro que no había aparecido en los viejos libros por razones que no era necesario explicar, y era que en la madrugada de un día de invierno, la linotipia escribía sola mientras tras las ventanas, en el patio, caía la lluvia desde el cielo oscuro».

Cuando el protagonista de *Aún es pronto para morir* dice: «Siempre he amado la lluvia», cabe adivinar tras esa confesión, la del

propio Francisco Alemán. El lector atento de sus relatos descubrirá en ellos las más increíbles y siempre bellas *variaciones* sobre ese mismo tema, ya se trate de la «lluvia sobre el mar que no deja la menor huella» (*Cuando llegue el verano...*), a no ser la de esas «ampollas en el agua» que, en *La historia de Soledad Serrano,* provoca «una lluvia fina y delgada»; ya sea la lluvia que parece clausurar la estación estival, según se la describe en *Días como sombras:* «Acabó el verano con una gran tarde de lluvia que fue un espectáculo soberbio». O bien, «el trajín de la lluvia», al que se alude en *Carta desde el pasado.* O, en *Crónica de un pequeño amor,* «los altos grifos de la lluvia» que, abiertos, determinan el que comience «a llover con una decisión arrogante».

Alguna vez, es la sola palabra *lluvia,* la que parece provocar ya una singular fascinación. Ello trae al recuerdo algunos muy bellos textos de Gabriel Miró, que bien pudieran considerarse como inspiradores del de Alemán Sainz. Recuérdese, por ejemplo, cómo en *Años y leguas* cabe leer:

«—¡A la sombra, a la sombra!— Y en la boca seca de ese hombre, enjuto, acortezado, la palabra sombra tuvo una frescura nueva, como si acabara de crearla».

Ello es así porque, como Gabriel Miró explicó en *El humo dormido,* «hay emociones que no lo son del todo hasta que no reciben la fuerza lírica de la palabra, su palabra plena y exacta. Una llanura de la que sólo se levantaba un árbol, no la sentí mía hasta que me dije: 'Tierra caliente y árbol fresco'. Cantaba un pájaro en una siesta lisa, inmóvil, y el cántico la penetró, la poseyó toda, cuando alguien dijo: 'Claridad'. Y fue como si el ave se transformase en un cristal luminoso que revibraba hasta en la lejanía».

Compárese ahora la leve sugerencia apuntada por Alemán Sainz en *El viento se dirige hacia los eucaliptos,* un cuento basado todo él en la casi angustiosa espera de la lluvia salvadora:

«Decían: la lluvia, y parecía que, sólo pronunciar la palabra, tenía la habitación un halo refrescante, y que el calor del sol se rendía».

Este es, posiblemente, el relato en que, con mayor vehemencia, expresó Alemán Sainz su amor por la lluvia, cuya deseada presencia comunica al desenlace del cuento su especial arrebato y belleza:

«Sería más de media noche cuando dejó de oirse la voz del viento. Ya no se quejaban los eucaliptos. El padre abrió la puerta de la casa y salió fuera. No hacía viento. Miró el cielo y no había una luz. De pronto se escuchó un redoble de tempestad, y sobre su mano extendida cayó una gota de lluvia. Ya estaba allí la lluvia, la bendita lluvia. Si en otras ocasiones, el viento llevó lejos un rebaño de nubes, ahora lo traía. Gritó el padre, llamando a la familia, a la mujer, a los hijos. Había llegado la lluvia. El agua golpeaba el tejado. Todos salieron de la casa. Estuvieron largo rato dejando que la lluvia los mojase, como si se tratara de una ofrenda, de un símbolo. Por el cielo corría la luz de los relámpagos, perseguida por el gran tambor de la tormenta. Un rayo marcó durante unos instantes la piel del cielo. Veían el agua cayendo, cayendo sobre la tierra seca. Veían brillar las pequeñas gemas de agua precipitándose sobre la tierra».

Pero si la lluvia es música, gran espectáculo, amor y belleza, es o puede ser, también, tragedia, desolación, muerte. Las riadas que, en ocasiones, han asolado la huerta de Murcia, como la tan famosa de Santa Teresa, están presentes en la narrativa de Alemán Sainz, tanto en la ya citada novela breve, *Carta bajo la lluvia*, como en algún cuento tan intenso como *Ahogo de Concha Mendoza*, cuya acción se sitúa en un pueblo próximo a Murcia, en un tiempo en que los quinqués proporcionaban luz y en la circunstancia de una riada, tras cuatro días seguidos de lluvia. Su tema es —una vez más— sentimental. El agua de la riada se lleva las cartas de amor que Concha Mendoza recibiera, y a ella misma. Martínez Tornel redactará la nota cronológica.

De una inundación en la huerta trata, asimismo, *Los caminos del agua,* un cuento muy breve y dramático, caracterizado, como un viejo romance, por su abrupto final, por un desenlace más sugerido que explícito, cuando se nos presenta al matrimonio huertano, refugiado, en el tejado de su casa, abrazada la mujer por el hombre, «mientras la lluvia humedecía sus cabellos, y sus ojos asustados miraban pasar el agua, el agua, el agua».

* * *

Para el lector que tienda a identificar la especie *cuento* con el relato de algún hecho insólito o sorprendente, puede que los de Francisco Alemán le resulten poco *cuentos,* justamente por la evitación de la temática excepcional —salvo los casos de ciencia-ficción y otros más o menos allegables a esa zona— y por la incidencia en lo normal y cotidiano.

Ya tuvimos ocasión de recordar cómo, en las solapas de *La vaca y el sarcófago,* Alemán Sainz apuntó que los suyos eran «algo cuentos de situación»; aludiendo, tal vez, a algo relacionado con lo que ahora estoy tratando de señalar. Relatos como *La voz ajena, Muere un hombre* (ambos de esa colección) o *De pronto, el hijo ha muerto* (de *Cuando llegue el verano...*) definen bien, me parece, lo que Paco Alemán entendía por «cuento de situación».

A veces, más que de «cuento de situación» habría que hablar de «cuento de personaje» o, mejor, de una fusión de ambas modalidades; ya que lo ofrecido suele ser una *situación* vivida por un *personaje.* Este puede ser un personaje ausente, muerto, inventado o inexistente. Ya hemos citado el caso de *Marcelo y Teresa.* Fijémonos ahora en el de *La historia de Soledad Serrano,* cuando, en un día de lluvia, se habla en una reunión de la historia de esa mujer como de algo «interesante». Pero los rumbos de la conversación van por otros derroteros, y el per-

sonaje que pudo contar la historia de Soledad se va, llevándose el relato consigo: «¿Quién sería Soledad Serrano?. Rodríguez se había quedado sin saber cómo era, con su nombre de cante, largas ojeras, el pelo negro recogido en la nuca, el talle de guitarra, los ojos de copla. ¿Cómo sería Soledad Serrano? ¿Cómo sería?»

En la misma o parecida línea vendría a estar *Paisaje tras una ventana cerrada,* donde Blanca se resiste a abrir tal ventana hasta agotar «toda la pulpa de sorpresa a las posibilidades de la ventana abierta». Cuanto imagina Blanca que tras ella podría abrirse, se trueca, como era de esperar, en «el horizonte con las mismas montañas de siempre, con los álamos y el sol de todos los días». El sueño, la aventura, el nuevo paisaje que Blanca hubiera deseado encontrar, se desvanecen como la historia de Soledad Serrano, para Rodríguez.

En *Carta desde el pasado,* el protagonista recibe una carta con la fotografía de una muchacha, Elvira, que no puede reconocer, por más que hostigue su memoria: «Sostuvo un instante con la mano, la carta y la fotografía. ¿Qué sería de esta mujer sometida al terrible silencio de estar asomada, sin volumen, anónimamente, en aquella cartulina? ¿Dónde la habría conocido? Se zambullía largo rato en la memoria, tratando de asir un rostro como el de la fotografía; pero no daba con él».

Y Elvira se desvanece, al arrojar el hombre carta y foto al fuego, como se desvaneció para Blanca el paisaje inventado tras la ventana o, para Rodríguez, la historia de Soledad Serrano.

En *La carta que no llegó a tiempo* —en el libro *Patio de luces*— Francisco Alemán repitió, en cierto modo, el tema de *Carta desde el pasado,* pero con la situación invertida, ya que aquí es una mujer, Julia Gálvez, la que recibe una carta con cuarenta años de retraso. Es una declaración de amor, que hace pensar a Julia en quien y cómo pudo ser el hombre que la escribió:

«¿Cómo sería el hombre que escribió la carta? ¿Dónde le conocería ella? ¿Dónde la habría conocido él? Iban surgiendo estas preguntas apresuradamente, igual que pájaros que regresan en bandadas desde alguna parte. Pero de todas las interrogaciones era, sin duda, la primera la más importante. ¿Cómo sería? En un tiempo lejano le hubiese importado el exterior, pero ahora era distinto. ¿Sería noble o indigno? ¿Sería malo o bueno?»

Se ve, pues, que éste fue para Alemán Sainz una especie de tema o motivo recurrente, manejado en no pocos relatos. En el titulado *Hay un ser humano bajo ese paraguas que pasa,* la tercera persona narrativa corresponde a la perspectiva del narrador que, desde lo alto de una ventana, en un día de lluvia, ve avanzar por la calle un paraguas «con asombrosa lentitud, inhumanamente, enorme bicho de caparazón negro, solitario coleóptero bajo la lluvia». Mientras el paraguas avanza por la calle, se piensa en quién podrá caminar bajo él, un hombre o una mujer, «un rostro oculto, sin años ni gestos», un ser rumbo a «Dios sabe qué destino». Y una vez que el paraguas atraviesa la calle y ésta queda vacía, todo se ha desvanecido ya, desapareciendo para siempre «el dato de una figura que se movía desde el silencio».

Estos personajes que se desvanecen, que se sueñan, que se inventan, que existieron pero de los que nada sabemos ya, dieron lugar, con sus presencias o sus ausencias, a algunos de los más bellos y personales cuentos de Alemán Sainz. El instinto naturalmente poético de su creador le hizo saber, siempre, que el cuento era una muy adecuada especie literaria para, en su menuda estructura, montar estos juegos de magia entre la ilusión y la realidad. La brevedad, la levedad del cuento, sustancia literaria fugaz que dura poco y tiende a desvanecerse en seguida, iban bien a esa temática, tan de Alemán Sainz, de personajes también fugaces, cuyo breve paso, evocación o invención, cargan de belleza la rápida andadura de unos relatos.

* * *

¿Cuentos de situación? ¿De personaje? La verdad es que, con cierta insistencia, aparecen también en la narrativa de Alemán Sainz, los cuentos de acciones múltiples, con varios planos y distintos personajes, moviéndose cada uno de ellos en su respectiva esfera.

Cuentos de este tipo suponen algo así como una abreviatura o reducción del mecanismo que se ha dado y sigue dándose en tantas novelas de nuestro siglo, caracterizadas por lo que suele conocerse como *unanimismo*, a la manera del manejado por Jules Romains en su serie *Los hombres de buena voluntad.*

Unanimismo y *simultaneísmo.* Muchas acciones, contrapunteadas, y muchos personajes, tal y como desfilan por las páginas de la trilogía *USA* de John Dos Passos, o por *Los caminos de la libertad* de Sartre. El procedimiento no es exclusivo de series novelescas más o menos extensas, sino que puede, asimismo, funcionar en novelas únicas, como el *Contrapunto* de Aldous Huxley, o *La colmena* de Cela.

Por supuesto, cuando tal procedimiento es transportado a las breves dimensiones de un cuento, ha de darse una inevitable reducción, que, sin embargo, no invalida ni oscurece su peculiar configuración o estructura. Francisco Alemán supo manejar esta técnica con evidente desenvoltura, la advertible en el cuento *El caballo llega al amanecer,* con pocos planos y personajes; los suficientes, no obstante, para que la estructura *simultaneísta* funcione adecuadamente y dentro, casi, de las que cabría considerar viejas unidades del drama: acción, lugar y tiempo.

Al realismo mágico se aproxima la *Historia para figuras de cera,* en donde un unanimismo que es casi perspectivismo tiene como base lo que las gentes de una calle opinan de una muchacha, siempre en un balcón, que no es otra cosa que un bello maniquí de cera.

Otros títulos de Alemán Sainz alineables en la misma zona serían, por ejemplo, *Desembarco en la ciudad,* con no pocos personajes y

planos, pero también con las unidades de lugar y de tiempo que supone el viaje dominguero de las gentes del pueblo a la ciudad.

Por supuesto, la casi *novela corta* o *cuento largo* que dio título al tercero de los libros de relatos de Alemán Sainz, *Patio de luces*, es, también, una narración de este tipo.

Como lo es, asimismo, *Hotel de la costa*, el más curioso, tal vez, de los cuentos simultaneístas del autor, porque en él las que pudieran ser vidas convergentes de varios personajes, entre los que existe una desconocida relación, dejan de serlo por una jugada del Destino, que impide coincidan en el hotel que da título al relato.

Personalmente, considero que estos y otros cuentos de Alemán, caracterizados por esa *estructura simultaneísta*, componen una de las zonas literarias que mejor definen el buen toque narrativo que el autor poseía, a la hora de concentrar en las muy pocas páginas de un relato breve, tantas posibilidades vitales, tantas historias y tantos personajes; unas veces, bien individualizados, y otras, disueltos en la colectividad de un barrio o de una calle.

* * *

En el discurso académico *Antes que se me olvide*, y en el que vendría a ser su penúltimo apartado, Francisco Alemán dedicó un recuerdo al filósofo almeriense Luis Abad Carretero, con quien mantuvo amistad epistolar y sobre cuya obra tuvo oportunidad de escribir algún artículo. A Francisco Alemán le interesó siempre un libro de Abad Carretero, titulado *Una filosofía del instante*. Y en su recuerdo académico de tal autor y de tal libro, apuntó Alemán Sainz:

«—'Vivimos en la época del instante' —escribía Luis Abad Carretero. 'El instante no es un momento incontable del tiempo, sino el necesario para captar una situación vital, el que necesitamos para tomar

una decisión, noción en la cual se ve claramente que el tiempo se liberó del espacio. Y al hacerlo se humanizó entrando en los planos de la voluntad y las dificultades de la instantaneidad desaparecían'. El filósofo almeriense insistía: 'Los hombres vivimos en instantes', mientras desde ecos antiguos se escuchaba: 'ni desde el futuro ni desde el pasado se realiza un acto'».

Y Francisco Alemán glosaba: «En los relatos del autor, el instante surge desde la segunda hora con singular capacidad de expresión, y alguien habló, escribió de *instantismo* como peculiaridad de gran parte de una obra menor».

Se ve, entonces, con claridad hasta qué punto el *instantismo* de Alemán Sainz, su identificación con *La filosofía del instante* de Abad Carretero, tienen no poco que ver con su gusto por el cuento. ¿No es este género, acaso, o no debería ser, el resultado literario de esa sensibilidad para la captación del instante, para la reducción a unas pocas páginas o líneas de aquellas experiencias, vivencias, emociones, que sólo parecen poder expresarse así, a diferencia de las que requieren el dilatado discurso de la novela? Si Julio Cortázar ha comparado alguna vez cine con novela, y fotografía con cuento, resulta casi inevitable pensar en lo que los fotógrafos tradicionales llamaban y siguen llamando una *instantánea.*

Se trata, posiblemente, de una cuestión de sensibilidad. Y así, frente al narrador que necesita de páginas y páginas, de grandes construcciones novelescas para, en ellas, captar lo que le importa, el mundo y la vida tales como él los ve —un Galdós, por ejemplo, en nuestras letras—, está ese otro tipo de narrador cuya sensibilidad se orienta hacia la captación del instante, de la acción fugaz, de la anécdota menuda, del rápido paso de un personaje o personajes; tan acelerado, en ocasiones, que no parece permitir otra cosa que, justamente, describir ese pasar, como el del *ser humano bajo el paraguas,* retratado —sin retrato visible— en el relato de Paco Alemán.

Cuando el escritor, en el discurso *Antes que se me olvide,* autocalificó su obra literaria de «huidiza y pasajera», se diría que no hizo otra cosa que aplicar al total de la misma —y, sobre todo, a los «millares de artículos» y «centenares de cuentos» que reconoció haber escrito—, las características quizás más definidoras de tantos y tantos personajes de esos cuentos suyos: huidizos y pasajeros, personajes que se nos escapan, escondidos tras un paraguas, velados por la distancia, silenciados por la muerte, inventados fugazmente por la imaginación...

Y no sólo los personajes, el cuento mismo se convirtió para Alemán Sainz en criatura «huidiza y pasajera». Y tanto que sólo unos pocos de esos «centenares» que escribió adquirieron configuración de libro, menos volandera, menos «huidiza» que la de las revistas y periódicos por donde se nos han escapado y desde donde reclaman nuestra atención tantos y tan bellos cuentos de Alemán Sainz. El, en ese discurso académico tantas veces citado, tuvo su primer recuerdo para los tres títulos: *La vaca y el sarcófago, Cuando llegue el verano y el sol llame a la ventana de tu cuarto,* y *Patio de luces y otros relatos.* «Tres libros —escribió Alemán Sainz— que son una pequeña parte del total de cuentos que he escrito en la grata dispersión del periódico y de la revista. Tres libros que tienen para mí —y espero que también para alguno de ustedes— una realidad valiosa, y es su localización murciana en el sitio de edición».

* * *

Las líneas recién transcritas de Alemán Sainz nos devuelven al punto de partida, a la consideración de que parecía un homenaje adecuado, por parte de la Academia Alfonso X el Sabio, rescatar, recuperar y actualizar algunos textos de la que su autor consideraba «realidad valiosa».

Aquí está, pues, una selección de cuentos, extraídos de esos tres

viejos libros murcianos de Alemán Sainz, y completada con dos relatos más, *En una esquina del bar* —Premio de cuentos, 1964, de la revista «Familia Española», incluido en la 2.ª edición de la *Antología de cuentos españoles contemporáneos* de F. García Pavón (1966)— y *Nacimiento de Venus en la luna*, perteneciente a la *Antología española de Ciencia-Ficción* (1972).

No se trata, por tanto, de una antología propiamente dicha, porque para conseguir tal propósito, habría sido necesario acudir a los «centenares» de cuentos dispersos en periódicos y revistas. Muy probablemente, de haber podido Paco Alemán realizar una tarea como ésta, no siempre hubiera acudido a los tres viejos libros de cuentos —muy queridos, sin embargo, por él, como lo revela su cita en el discurso académico—, prefiriendo recoger relatos más modernos, de sus últimos años.

A este respecto, puedo apuntar aquí que cuando alguna vez, en fechas relativamente recientes, hablé a Paco Alemán de buscar algún cuento suyo para una antología en proyecto o, simplemente, para su lectura y comentario en las clases universitarias, siempre me apuntó la posibilidad de pasarme el cuento aún no escrito, el que estaba ya en el telar, el que la muerte no le ha permitido ahora escribir.

No busquemos, pues, el *mejor cuento* de Francisco Alemán. ¿Se nos ha escapado como la Soledad Serrano de su historia? Creo que no del todo. El mejor cuento de Alemán Sainz es cualquiera de sus cuentos o, por mejor decir, la totalidad e, incluso, una simple porción de tales cuentos.

Lo admirable en Paco Alemán fue su dedicación, su fidelidad, su amor a un género en el que respiraba literariamente a gusto, sin mimetismos ni oportunismos, leal a sí mismo, a su oficio, a su sensibilidad, a esa postura suya ante un mundo que era, sobre todo, el de su ciudad natal; postura hecha de ironía y de ternura. Y éstos, ¿qué duda

cabe?, son dos de los mejores ingredientes con los que elaborar buenos cuentos.

Aquí están los de Francisco Alemán Sainz, y su publicación, ahora, debería hacernos ver a todos los que fuimos sus amigos, a todos los que fueron o vayan a ser sus lectores, que no todo es «huidizo y pasajero», que hay algo que resiste y permanece, más allá incluso de la muerte. Algo que se apoya en la fe, la sensibilidad y la belleza.

Por eso, creo que lo que, en sus *Poemas del narrador*, dijo Paco Alemán ante la muerte del pintor Hernández Carpe, puede serle aplicado a él mismo:

La obra está terminada y el recuerdo comienza
a recordarte ahora viviendo en la memoria.

Murcia, octubre 1981